

**BELARMINO Y APOLONIO A LA LUZ DE LA NOVELA FILOSÓFICA
DE LA GENERACIÓN DEL 98**

ROBERTA JOHNSON
Scripps College, Claremont

A principios de este siglo se desarrolla en España el género de la novela filosófica mucho más extensamente que en ningún otro país hasta la Francia de la pos-guerra mundial (1939-1945). La denominada Generación del 98 inició la unificación de la filosofía y la literatura a partir de 1900 con trabajos como *Amor y pedagogía* y *Niebla* de Unamuno, *Camino de perfección* y *El árbol de la ciencia* de Baroja y *La voluntad* de José Martínez Ruiz. Y la generación siguiente, la del 14 que incluye Ramón Pérez de Ayala y Benjamín Jarnés, continúa la tradición de una novela filosófica, pero con diferencias significantes. Tomando *Belarmino* y *Apolonio* de Pérez de Ayala como punto de comparación, este trabajo evalúa estas diferencias. Últimamente se ha debatido mucho la existencia de generaciones en la historia literaria española de este siglo, y el acercamiento que propongo a la novelística de los primeros treinta años, afirma, a base de intereses filosóficos elaborados en el contexto de la novela, unas tendencias generacionales bien definidas.

Si los del 98 se sirvieron de la literatura para burlarse de algunas escuelas filosóficas (*Amor y pedagogía* del positivismo y del idealismo alemán simultáneamente; *Niebla* del idealismo cartesiano, por ejemplo), o para entender la relación entre las ideas filosóficas y la práctica vital (*Camino de perfección*, *La voluntad* y *El árbol de la ciencia*), Pérez de Ayala se burla de las preocupaciones de la 98 y se enfoca en el lenguaje-elemento que separa irremediabilmente la literatura y la filosofía. Belarmino, el filósofo, y Apolonio, el literato, hablan lenguajes tan diferentes que no se entienden entre sí. Y así, el tratamiento novelesco ayalino de la filosofía resulta mucho más irónico y distanciador que el de Unamuno, Baroja y Martínez Ruiz. Mientras Donald Shaw cree que las novelas tempranas de Pérez de Ayala sólo marcan el comienzo de una declinación de la

sensibilidad del 98,¹ Carlos Lonhurst señala que *Tinieblas en las cumbres*, que apareció cinco años después de las novelas filosóficas del 1902, ya introduce una ironía y una distancia con respecto a los temas y métodos del 98 y que hasta cierto punto la meta de Pérez de Ayala es una parodia de las preocupaciones de fin de siglo.²

Nosotros estamos de acuerdo con Longhurst, y pretendemos demostrar que esta reacción en contra del 98 no se detiene con la tetralogía de la primera década sino que continúa en la obra madura del escritor asturiano. Si la generación del 98 estaba reaccionando de una manera negativa frente al realismo, naturalismo y krausismo de la generación que la precedió, Ayala vuelve a encontrar inspiración en estas fuentes. En un artículo de 1903, Pérez de Ayala se declara por muchos años krausista; tal declaración no nos debe sorprender, ya que fue discípulo de Clarín, Posada y Altamira en Oviedo. Y Ayala, a diferencia de Unamuno, Baroja y Azorín fue siempre gran admirador de Galdós.³ Al mismo tiempo, Pérez de Ayala se muestra desilusionado con la generación del 98, expresando en varios ensayos que le parece que los escritores inmediatamente anteriores fallaron en sus propósitos.⁴

Todo el preámbulo de *Belarmino y Apolonio* —los dos primeros capítulos— son un resumen y una especie de parodia de los temas favoritos de Unamuno, Baroja y Azorín —una parodia, porque, aunque muchas de las ideas son semejantes, son pronunciadas por un personaje que no las sirve. Don Amaranto de Fraile es un miembro del mismo club de filósofos excéntricos a que pertenecen Entreambosmares, Paparragópulos y Silvestre Paradox, pero los filósofos excéntricos de Unamuno y Baroja tienen una influencia muy directa y nada positiva en la vida de otros personajes o en su propia vida. La vida que había sido un problema tan grave para Unamuno y Baroja recibe este comentario de parte de don Amaranto: «Cada vida es un drama de más o menos intensidad, cada vida es, asimismo, una sombra inconstante y huidera» (92). Gran diferencia entre un Augusto Pérez que lo comenta en la mesa de una casa de huéspedes.

Pérez de Ayala mide su distancia de la generación del 98 en las primeras páginas de *Belarmino y Apolonio* en la discusión sobre «la filosofía de las pensiones», donde su acercamiento novelístico a la filosofía incluye una autoconsciencia de método que no encontramos en las novelas noventayochescas. Si los personajes de Baroja (piénsese sobre todo en Andrés Hurtado) habitan pensio-

1. Donald SHAW, «Concerning the Ideology of Ramón Pérez de Ayala», *Modern Language Quarterly*, XXII (1961), pp. 158-166.

2. Carlos LONGHURST, «Sobre la originalidad de "Tinieblas en las cumbres"», *Ínsula*, XXXV, pp. 404-405 (1980), 5.

3. Ver Thomas FEENY, *The Paternal Orientation of Pérez de Ayala*, Valencia, Hispanófila, 198, pp. 92 y 97.

4. «El 98», *Política y toros*, II, citado en Víctor GARCÍA DE LA CONCHA, *Los senderos poéticos de Ramón de Ayala*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1970, p. 18.

nes españolas y desde allí observan la humanidad para luego intentar sacar algunas conclusiones sobre lo observado, Pérez de Ayala hace que sus personajes (por lo menos su narrador y don Amaranto de Fraile) sean conscientes de esta actividad como un método filosófico. Para don Amaranto «La Naturaleza es un libro ciertamente; pero un libro hermético. La casa de huéspedes es un libro abierto» (38). La casa de huéspedes se ha convertido en la caverna de Platón —«la caverna de sombras» (72)—, según la frase de don Amaranto. Y esta autoconsciencia del proyecto filosófico que inspiran las casas de huéspedes puede perfectamente ser una referencia a tal actividad llevada a cabo por un Andrés Hurtado. El que Pérez de Ayala sea muy consciente de su referencia a *El árbol de la ciencia* de Baroja, lo podemos ver en el largo discurso de don Amaranto sobre las diferencias entre la teología y la ciencia. Como el título de la novela de Baroja, don Amaranto evoca el árbol de la ciencia: «En la edad científica un solo árbol se multiplica en tantos árboles como ciencias, y ninguno es el árbol verdadero» (70) —conclusión digna de Andrés Hurtado—, pero con la gran diferencia de que el personaje de Pérez de Ayala desaparece de la novela para ser sustituido al final de ella por el Estudiantón. Andrés Hurtado, como sabemos, es el eje de la novela de Baroja y sufre el destino de sus dudas sobre la eficacia del árbol de la ciencia.

Y para continuar la alusión a *El árbol de la ciencia*, uno de los personajes principales de *Belarmino y Apolonio* se llama Pedro Caramanzana, muy posiblemente una referencia al nombre de resonancia bíblica de Andrés Hurtado. Otra vez estamos dentro de la marca de la parodia, ya que el personaje de Baroja huye todos los placeres sensuales, tanto sexuales como gustativos, mientras que Pedro (cuya profesión religiosa recalca la ironía) disfruta de una dieta muy rica hasta en cuaresma, y su historia se centra en la seducción de una joven que luego abandona. Este personaje sensual de hecho puede ser una referencia paródica a todos los personajes ascéticos de la generación anterior —Azorín, Fernando Ossorio y Augusto Pérez—. En el diálogo del primer capítulo entre Pedro Caramanzana, cura, y don Celedonio, republicano, hay ecos de la discusión entre el cura y Fernando Ossorio en Yecla, sólo que la versión barojiana de la confrontación entre el ateísmo y la religión carece totalmente de humor. Pérez de Ayala, por otra parte, proyecta un diálogo repleto de gracia.

Sigue don Amaranto en el segundo capítulo titulado «Rúa Ruera» con unas observaciones que nos recuerdan la tradición eterna que les preocupaba a Unamuno y Azorín: «De la zona profunda, negra y dormida de la memoria, laguna Estigia de nuestra alma, en donde se han ido sumergiendo los afectos y las imágenes de antaño, se levantan, de raro en raro, inesperadamente, viejas voces y viejos rostros familiares, a manera de espectros sin corporeidad» (90). Tal idea que sugiere Unamuno por primera vez en *En torno al casticismo* se repite en la imagen del lago de Valverde de Lucerna en su última novela *San Manuel Bue-*

no, *Mártir*, publicada casi diez años después de *Belarmino y Apolonio*, pero con la misma seriedad de 1895 y sin la ironía con que la dota Pérez de Ayala.

Pedro Lario del mismo segundo capítulo de *Belarmino y Apolonio* es un buen espenkeriano como lo era Unamuno en sus años universitarios; Lirio el anti-espenkeriano puede reflejar el Unamuno posterior y el capítulo entero, que hace confrontar estas dos posiciones filosóficas, puede referirse a las contradicciones del augusto rector de Salamanca.⁵ El tratamiento literario con que Pérez de Ayala evoca el positivismo es mucho más distanciado y cómico que la burla trágica que elabora Unamuno de la misma posición filosófica en *Amor y pedagogía*. La historia de Avito Carrascal, el archipositivista que lleva a la destrucción de la felicidad y hasta de la vida de su hijo, es sumamente grotesca, como el mismo Unamuno ha señalado. En *Belarmino y Apolonio*, el positivista Pedro Lario sólo aparece en el preámbulo; no figura en el logos de la novela, y no tiene ninguna influencia directa ni indirecta en el transcurso de las vidas de los personajes.

De hecho, como ya hemos señalado, el acercamiento de Pérez de Ayala a todos los temas del 98 es un distanciamiento cómico. En *La busca* de Baroja, por ejemplo, hay dos zapateros rivales, y aparece un letrado sobre un local de reparación de zapatos que reza; «A la regeneración del calzado», frase que evoca el siguiente comentario de parte del narrador: «El historiógrafo del porvenir seguramente encontrará en este letrado una prueba de lo extendido que estuvo en algunas épocas cierta idea de regeneración nacional, y no le asombrará que esta idea, que comenzó por querer reformar y regenerar la Constitución y la raza española, concluyera, en la muestra de una tienda de un rincón de los barrios bajos donde lo único que se hacía era reformar y regenerar el calzado» (*OC*, I, 278). Pérez de Ayala ensancha esta breve idea hasta que sea una gran metáfora en que dos zapateros y la sociedad que sirven es una representación hiperbólica de no sólo los males de España pero de la locura humana en general, sobre todo en cuanto al deseo de entender el sentido de la vida por medio de la filosofía y de la literatura. Los zapateros de Pérez de Ayala son dos casos extremados —el uno filósofo y el otro dramaturgo— de la imposibilidad de que los discursos de estas disciplinas lleguen a una solución práctica para los dilemas que presenta la vida.

Y es también en este punto donde difiere fundamentalmente Pérez de Ayala de sus antecesores inmediatos. Pérez de Ayala se centra más bien en el problema del lenguaje antes que en los problemas de la existencia, el saber, la voluntad y la razón que preocupaban a Unamuno, Azorín y Baroja. Y este aspecto de la novela, aunque tan burlesca como su parodia de los temas noventayochescos, es profético. Lo sugerido por las varias facetas del tema lingüístico de la novela

5. Sara SUAREZ SOLÍS, *Análisis de «Belarmino y Apolonio»*, Gijón, Flores, 1974, p. 50, n. 5, comenta la influencia de Unamuno en Lirio sin señalar el aspecto paródico.

no pueden menos que recordar las ideas de Heidegger sobre el lenguaje y el ser y las de Wittgenstein sobre el lenguaje privado que luego desarrollan pensadores contemporáneos como Foucault, Althusser y Derrida.

Si Augusto Pérez, con quien Belarmino tiene mucho en común (su platonismo casi místico, su falta de experiencia con el mundo material) desprecia el lenguaje porque siempre miente y nunca coincide con la verdad, Belarmino afirma que el lenguaje es el mundo, toda la realidad que hay: «El diccionario, en su opinión, era epítome del universo, prontuario sucinto de todas las cosas terrenales y celestiales, clave con que descifrar los más insospechados enigmas. La cuestión era penetrar esa clave secreta, desarrollar ese prontuario, abarcar de una ojeada ese epítome. En el diccionario está todo porque están todas las palabras, luego están todas las cosas, porque la cosa y la palabra es uno mismo; nacen las cosas cuando nacen las palabras; sin palabras no hay cosas...» (169). Carlos Clavería ha sugerido que esta teoría la había aprendido Pérez de Ayala de Max Müller a cuya obra fue introducido por Julio Cejador y Frauca,⁶ pero no dista mucho de la idea de Heidegger de la unidad de la realidad y el lenguaje.⁷

El método filosófico de Belarmino, como el de Heidegger, se centra enteramente en la palabra: «Pues el aquel de la filosofía no es más que ensanchar las palabras, como si dijéramos meterlas en una horma (piénsese en la práctica heideggeriana de inventar nuevas palabras compuestas como “ser-en-el-mundo”). Si encontrásemos una sola palabra en donde cupieran todas las cosas, vamos, una forma para todos los pies; eso es la filosofía tal como la apunta mi intelecto» (111). Y la metafísica de Belarmino, como la de Heidegger se aleja de los clásicos temas de la pura existencia, la razón y la voluntad —temas que asociamos con el 98— para situarse en un mundo vivido lingüísticamente.

Pero el meollo del tema lingüístico en *Belarmino y Apolonio* es la división tan wittgensteiniana entre el lenguaje público y el privado. Como sabemos, Pérez de Ayala estuvo varias veces en Inglaterra y mantuvo siempre una admiración por este país. Si se enteró de las ideas de Wittgenstein por estas estancias o por sus contactos ingleses no lo hemos podido aclarar, pero lo cierto es que era un tema muy vigente en los años veinte y que sigue siéndolo con filósofos como Derrida (ver su crítica de Husserl) Foucault y Althusser. Ayala plantea el problema del lenguaje individual (totalmente privado) contra el lenguaje como entidad social, otorgando la primera posición a Belarmino, quien desarrolla un lenguaje que sólo él entiende y el lenguaje social a Apolonio que se dedica a hablar la mayor parte del tiempo en verso dramático —la manifestación más pública del lenguaje. En último término la novela apoya enteramente la idea de la

6. Ver Carlos CLAVERÍA, «Apostillas sobre el lenguaje de *Belarmino y Apolonio* de Ramón Pérez de Ayala», *Hispanic Review*, XVI (1948), pp. 340-345.

7. Carla CORDUA DE TORRETTI, «Belarmino: Hablar y Pensar», *La Torre*, XXXI (1960), pp. 52-55, menciona los paralelos entre las ideas de Heidegger sobre la «habladuría» y las ideas lingüísticas de Belarmino.

imposibilidad del lenguaje privado, ya que en el experimento que fabrican el Estudiantón y sus amigos para burlarse de Belarmino, prueba que su lenguaje es iterativo, y el mismo Estudiantón logra aprenderlo hasta cierto punto. Si para Unamuno, Baroja y Azorín el sujeto y su voluntad representan todavía la base de toda investigación filosófica, Pérez de Ayala en su burla de Belarmino, el sujeto que intenta ser totalmente autosuficiente, se reorienta hacia la intersubjetividad que defienden Foucault y Derrida.

Para concluir esta visión panorámica de las significantes diferencias entre la novela filosófica de Ramón Pérez de Ayala y la de sus antecesores, queremos señalar que quizás la diferencia más importante sea que Pérez de Ayala, al introducir la misma materia con que se construye la novela, eso es, el lenguaje, como tema principal de ella, invierte la costumbre de los del 98 a subordinar los problemas filosóficos tomados de Kant, Schopenhauer, Nietzsche y otros a sus propias preocupaciones personales y sociales. Si la 98 emplea la literatura sin autoconsciencia del método como una alternativa al discurso filosófico, privilegia de esta manera el discurso literario, Pérez de Ayala cuestiona tanto el discurso literario como el filosófico —creando personajes ridículos que se sirven del discurso de cada entidad.